

Consejos á los Maestros

(Como se forma el ciudadano)

Discurso dirigido á los maestros egresados
de la Escuela Normal número 3, en el acto de la entrega de los diplomas
el 7 de Julio de 1906

Por

PABLO A. PIZZURNO

Profesor de Crítica pedagógica
Inspector técnico general de la Capital

Publicado por "El Monitor de la Educación Común"

BUENOS AIRES

6652—Establecimiento Tipográfico EL COMERCIO, Bolívar 313-19

1906

Consejos á los Maestros

(Como se forma el ciudadano)

Discurso dirigido á las maestras egresadas
de la Escuela Normal número 3, en el acto de la entrega de los diplomas
el 7 de Julio de 1906

por

PABLO A. PIZZURNO

Profesor de Crítica pedagógica
Inspector técnico general de la Capital

Publicado por "El Monitor de la Educación Común"

63178

BUENOS AIRES

8652 - Establecimiento Tipográfico EL COMERCIO, Bolívar 313-19

1906

CONSEJOS Á LOS MAESTROS

(COMO SE FORMA EL CIUDADANO)

Señoritas:

—Deseo que sea Vd. quien despida á las ex-alumnas de esta Escuela el dia de la entrega de los diplomas.

—Pero, Señorita Directora, es un honor que no me corresponde y en consecuencia.....

—Deseo que sea Vd. quien les hable en mi nombre y en el de la Escuela.

.....

Era una orden, como lo veis, disimulada, pero una orden, y yo soy disciplinado.

He ahí la razón por la cual en este acto sencillo exteriormente, pero solemne por su significado, serán mis labios los que os dirijan las últimas palabras de despedida.

¿Qué decirles? preguntábame anoche, solo ya, en mi cuarto de trabajo.

Sin duda debo hablarles de la misión á que van á dedicarse.

Pero es todo tan importante en materia de educación! Qué elegir?

Hubiera querido condensar, en pocas páginas, siquiera lo más esencial, hacer una síntesis clara y completa de lo que debe ser vuestra tarea y del modo de cumplirla.

Y entonces acudió á mi mente la fórmula que motivó mis primeras lecciones el año pasado, constituyendo después algo así como una obsesión durante el curso entero:

El fin de la escuela es contribuir á la felicidad individual y colectiva.

Y detrás de la fórmula sus consecuencias: la necesidad de hacer converjer al mismo propósito la acción de todos los momentos, de todas las disciplinas que constituyen el programa, de todos los trabajos escolares, de los ejercicios y de los ejemplos continuos ofrecidos al niño; la necesidad de orientar la obra de la escuela en un espíritu más racional, más en armonía con el fin señalado: enseñando menos cosas, pero enseñando bien, no preocupándonos tanto de la cantidad de las nocio-

nes trasmitidas como de su calidad y del método empleado para obtener lo que vale más que un montón de conocimientos: la aptitud mental desarrollada y el amor al estudio, para que el niño pueda adquirir por sí solo, después, los olvidados, y aumentar su caudal incesantemente. Y tanto ó mucho más que la instrucción y la cultura intelectual, procurar la formación de los hábitos morales requeridos para la felicidad del individuo y de la comunidad.

Todo esto fuera de las nociones que reclama el cuidado de la salud física y fuera de las aptitudes prácticas indispensables en todas las circunstancias de la vida, aquellas destinadas á satisfacer las necesidades más urgentes y comunes.

Cualquiera de estos puntos hubiera podido ocuparnos extensamente sin hacer más que esbozarlo.

Pero hubiera sido oportuno?

Parecíame que no y estaba casi aflijido, cuando, de súbito, recordé la fecha.

Estamos en días de Julio, conmemoramos con este acto el aniversario de nuestra Independencia.

Hablemos entonces de la patria.

Preguntémosnos qué clase de patriotas necesita y qué debe hacer la escuela para dárselos.

Hablemos de la patria como ciudadanos que la aman y mucho, pero como ciudadanos á quienes el patriotismo no les pone una venda ante los ojos que sólo les permite ver las bellezas de su tierra, recordar la fecundidad de su suelo, cantar himnos á la gloria de sus próceres, y después... dormir sobre laureles que ellos ganaron y que nosotros apenas conservamos sin aumentarlos; hablemos de la patria como educadores obligados á servirla no con frases enfáticas y explosiones patrioteras, á fecha fija, en Mayo y en Julio, sino con la acción serena, meditada, perseverante y también entusiasta, de todo el año y de todos los momentos; la acción serena y consciente del maestro á quien no se oculta que no se vive sólo con el recuerdo de las glorias pasadas; que la obra iniciada por los patricios valientes y abnegados de la Revolución, de la Independencia y de la Organización nacional, debemos continuarla todos, no ya en los campos de batalla, pero sí en el campo del trabajo que fecunda la tierra, hace andar las máquinas de la industria, activa el comercio que enriquece, civiliza las masas con la educación, busca y encuentra formas de organización social que aseguran el bienestar general é impulsa en todas las formas el progreso y la felici-

dad humanas; en el campo del trabajo que también tiene sus héroes, brillantes, destacándose, unos; humildes, desconocidos, pero no menos eficaces, otros.

Tratemos de formar esos soldados de los tiempos de paz, mas necesarios hoy que los soldados de los tiempos de guerra.

Y si las cicatrices, recuerdo del campo de batalla, se muestran con legítima satisfacción, que con no menos orgullo se exhiba las manos encañecidas, las heridas que produjo el trabajo, los ojos que ya sólo ven, y poco, con ayuda de lentes, del agricultor, del obrero, del industrial, del experimentador, del hombre de bufete, del publicista, que con el trabajo de sus brazos, ó el de su cerebro, estimulados por el afán sincero de servirse á sí mismos y á los demás, producen también benéficas *revoluciones* en las artes, en las industrias, en el comercio, en las ciencias, en la organización pública y aseguran con ellas también *independencias* en el orden económico, social y político y la felicidad de cada uno y de la colectividad, con armas que no son el manser ni el cañón; que son el arado, los instrumentos todos del trabajo, el microscopio, el bisturí, el libro; y en campos de batalla, repito, donde no corre

sangre ni se oye gritos de odio, pero donde corre el agua fertilizante del suelo que da mieses; en valles y llanuras en que pastan los ganados; en el taller modesto, la fábrica ensordecedora, el laboratorio silencioso, la biblioteca tranquila y también la sala luminosa y amplia de la escuela, donde se libra, acaso, el más profícuo de los combates preparando á todos esos soldados del trabajo físico, de la inteligencia y del corazón.

Y ved cómo, sin quererlo, he llegado á vosotras, señoritas, á vosotras que formais parte ya de ese noble ejército de los maestros argentinos, encargado de la gran tarea de formar los ciudadanos útiles y patriotas que el país necesita.

¿Cómo formarlos?

Ya lo sabéis, y caemos otra vez en el principio: haciendo deveras completa la educación general.

Pero ocupádonos, sobre todo, de corregir los defectos más comunes, y de cultivar las virtudes más necesarias.

Aquellos son la mentira en todas sus formas, concientes é inconcientes; son el amor á las exterioridades, la superficialidad, la ligereza en los procederes; la falta de franqueza en el hombre y en la mujer; la pereza, la falta de perseverancia,

el poco amor al trabajo y el excesivo amor al juego, el afán de llegar sin esfuerzo, pasando por sobre todo, dejando á menudo los girones de la propia dignidad en el camino, sin perjuicio, en ocasiones, de ostentar una vanidad tan infundada como intempestiva; la indisciplina, la falta de respeto á la ley, la indiferencia por el cumplimiento honesto de los deberes cívicos del contribuyente, del elector, del guardia nacional.

Son la falta de espíritu de iniciativa, de solidaridad, la carencia de ideales.

Que la existencia de estos defectos depende de múltiples causas que no está en nuestras manos suprimir y que el remedio tampoco se halla á nuestro alcance?

Oh, si, es indudable!

Pero la escuela puede hacer mucho, muchísimo más de lo que hace y en ese sentido debe dirigirse en primer término su acción.

No lo olvidéis, señoritas, no hay acto, ni momento de la escuela que no pueda ejercer una influencia grande ó pequeña, benéfica ó nociva, en el desarrollo de una cualidad moral.

Todos los ramos sin excepción, hasta los que

CENTRO NACIONAL
DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN EDUCATIVA
PARERA 55 Buenos Aires Rep. Argentina

rancia del hombre y retribuirle con creces sus sacrificios. No olvidéis los mil ejemplos que de los efectos de las virtudes y los vicios se nos presenta al estudiar la vida y las costumbres de las distintas naciones y dentro de las mismas naciones los diferentes hábitos de los diversos pueblos que las forman.

Aprovechad la Geografía para predicar el afecto y confraternidad entre los pueblos, que cambian mutuamente los productos del brazo y de la inteligencia. Y no dejéis de arrancar al niño exclamaciones de admiración provocando saludables emociones, al referir la vida, los actos de arrojo, de resistencia á las fatigas y las privaciones infinitas á que se someten, serenos y hasta sonrientes, los navegantes y exploradores de todas las épocas.

Oh! la vida de Nansen, por ejemplo!

Quién es capaz de llegar al final de su libro «Viaje al Polo» sin que se le oprima la garganta, sin sentir vivo el deseo de hallarse á su lado un momento siquiera para decirle agradecido:

—Te respeto, Nansen; te admiro, modelo de abnegación y perseverancia, que tanto honor reflexas sobre la raza humana!

Recordad que de igual modo debe aprove-

charse el estudio de las Ciencias naturales, que nos muestran á cada paso la necesidad del orden y del respeto á las leyes nunca impunemente violadas.

Prescindiendo de cuanto sirven para hacernos amar lo bello en sus manifestaciones más puras, con la inevitable repercusión moral que lo bello produce, tened en cuenta las virtudes múltiples que nos enseñan hasta los animales más modestos, la araña, la abeja, la hormiga, hábiles, prudentes, previsoras.

Y qué decir de las emocionantes lecciones que se desprenden de la historia de muchos descubrimientos realizados en las ciencias por los sabios, que nos enseñan otra vez lo que valen la voluntad firme, el amor al bien, el método en el trabajo, de todo lo cual es vivo ejemplo uno de los más grandes entre todos, Pasteur?

Y así, señoritas, podríamos continuar recordando que no sólo la Historia y la Geografía y la Lectura y la Composición, sino la Caligrafía y el Trabajo manual y el Dibujo, el Ejercicio físico y la Música y hasta el cuidado y el modo de corregir los cuadernos de deberes pueden motivar lecciones fructíferas.

Las Matemáticas, menos frías de lo que suele creerse, pueden enseñarnos la importancia de

la atención y la exactitud, lo que vale el tiempo cuando es bien aprovechado, las ventajas del ahorro y de otras virtudes, la mejor de las cuales la indicaba nuestro gran modelo, Mitre, cuando un día de su aniversario, ante un grupo de estudiantes de la Facultad de Matemáticas que fueron á visitarlo, y refiriéndose á la necesidad de obrar siempre con rectitud, exclamaba:

—De mis estudios de Geometría sólo he conservado una noción y es la de que la línea recta es siempre la menor distancia que hay entre dos puntos.

Y bien, señoritas; es esa la obra grande que os está encomendada. Es así como habéis de servir vosotras á la patria, dándole hombres honestos, activos, laboriosos, veraces, tolerantes y con ideales nobles en el alma. Y no temáis; hombres así preparados, amantes sinceros de su tierra por lo mismo que con su labor contribuyen á engrandecerla, no serán nunca sordos al toque del clarín cuando, por desgracia, la patria tenga que llamarlos para defenderse contra un agresor extranjero!

Y para cumplir tal misión, dejadme decirlo una vez más, es la lección viva del ejemplo lo que vale sobre todas las cosas.

Vosotras lo daréis, estoy seguro; y lo daréis contentas, con fe en el éxito, sin pesimismo que serían tan prematuros como injustificados y hasta culpables en vosotras, jóvenes, sanas, llenas de ilusiones que debéis conservar y que realizaréis queriéndolo firmemente.

No creáis á quienes os digan que la vida del maestro es vida amarga, de puro sacrificio.

Es cierto que su situación no es aún la que merece, pero es llevadera.

Y no olvidéis que todas las cosas, inclusive la felicidad, son relativas.

No os comparéis con los que al parecer tienen más; mirad al número infinitamente mayor de los que tienen menos y envidian vuestra suerte.

¿Que el maestro no disfruta todavía de la debida consideración?

Puede ser; pero en todo caso, de vosotras mismas depende aumentarla.

¿Cómo?

Siendo de hecho, no sólo de palabra, servidoras perseverantes y entusiastas de la escuela. Haciéndola realmente útil á la familia y á la sociedad por el acierto en las nociones transmitidas, en las prácticas enseñadas, en los hábitos que cultiváis en sus hijos.

Ni os desanimen tampoco las dificultades de otro género con que tropezaréis sobre todo en los comienzos, al frente de vuestra clase.

Que vuestros niños desatienden, que sus progresos son lentos, que la disciplina no es satisfactoria?

No digais: «Qué niños tan malos los de mi clase!» Decid mas bien: En qué error habré incurrido, como maestra, para que esto me suceda? Buscad y encontraréis que vuestras lecciones no fueron bien preparadas, que no supisteis mantener la atención de los niños, haciéndolas interesantes; que no habéis satisfecho á su necesidad de movimiento atrayendo su actividad al objeto de la lección, por lo cual ellos se desquitan, naturalmente, jugando, haciendo ruido, cortando el banco con el cortaplumas; que no adaptasteis vuestro lenguaje, los ejemplos elejidos, la duración del ejercicio, á la capacidad de los alumnos y por eso el provecho ha sido nulo; que vuestro trato ha sido excesivamente blando unas veces, demasiado brusco, rígido, otras, desigual siempre; y vuestras maneras han carecido de moderación y cultura, y entonces, claro! el niño no sabe á que atenerse, ni siente por su maestro el respeto afectuoso que contiene la falta.

—Pero, decís, yo doy diariamente una clase de moral, predico en todas los distintos deberes, leo ó hago leer anécdotas, cuentos, historias, que encierran buenos ejemplos. Y sin embargo mis alumnos siguen siendo indisciplinados, desobedientes, malos.

Sí, *predicáis*; eso es lo malo. No prediquéis. En vez de dar una *lección*, de palabra, equiparable por su frialdad á cualquiera de las odiadas lecciones de gramática que nos daban en otro tiempo, haced vibrar la fibra moral del niño, eligiendo con tino el momento del consejo, de la lectura, del cuento, de la historia; ó preparad con habilidad, sin que el niño lo note, ese momento, para que no vea la lección deliberada; y en vez de hablar friamente, hacedlo con calor comunicativo, poned toda vuestra alma en vuestra palabra, en la expresión de vuestro semblante, en vuestras actitudes todas y veréis, veréis, como se tienden hacia vosotras esas cabecitas, como brillan esos ojos llenos de entusiasmo, como los humedece una lágrima, y como prorrumpen esos labios en espontáneas exclamaciones de admiración.

Eso deja rastros, señoritas, porque eso llega al corazón!

Que ello es difícil, diréis. Nó, no es difícil,

es más: es imposible de obtener cuando se es maestro como se puede ser mercader de paños ó fabricante de alfileres. Pero es fácil cuando se es maestro penetrado de toda la grandeza de su misión y cuando se tiene, por eso, la voluntad firme de cumplirla! Respetad al niño, amadlo y tendréis siempre inspiraciones felices.

Permitidme estos últimos consejos que os doy con toda mi alma, porque un año de trabajos en común me ha hecho estimaros y porque al fin vosotras entráis desde ahora á una familia de la que todos somos parte y en la cual todos debemos ayudarnos sincera y lealmente dando ejemplo de solidaridad inalterable.

Ya está en vuestras manos el diploma que os habilita legalmente para empezar vuestra digna función de educadoras: pero tened presente que apenas habéis aprendido lo necesario para seguir estudiando con eficacia.

Recién vais á abrir el gran libro de la experiencia personal. Observad, observad con atención á los niños; estudiad todas sus manifestaciones con interés: procurad conocerlos bien, que ello es indispensable para dirigirlos con acierto. Tened siempre abierto con amor ese libro, sin cerrar por ello el otro, el que os aporta los frutos preciosos

de la experiencia ajená, de siglos, que facilitará la vuestra iluminándola á cada rato con claridades inesperadas.

Estudiad siempre mucho ó poco; pero estudiad bien, con conciencia.

Y no leáis sólo los libros de clase. Buscad de tiempo en tiempo un libro nuevo, repasad el bueno olvidado; y sobre distintas materias, sin omitir un poco de sana Filosofía y de Ciencias naturales, que ahuyentan los prejuicios, ensanchan el espíritu y enseñan el buen sentido, la amplitud de miras, la relatividad de todas las cosas.

Tened espíritu científico. Ello es fundamental en vuestra carrera más que en muchas otras.

No os apeguéis demasiado á ideas hechas, ó á doctrinas determinadas. Tened modelos, pero no tengáis ídolos.

Combatid incesantemente la mentira, ese mal, el más grave que nos corroe, dando vosotras el invariable ejemplo de la verdad en todo, hasta en el traje, en las maneras, en el lenguaje, que deben estar en armonía con vuestra situación real.

Sed discretas siempre. Sed moderadas en el decir y sedlo más en el obrar.

Cultivad la sencillez y la sinceridad en todo. Adquirid el dominio de vosotras mismas.

de la experiencia ajená, de siglos, que facilitará la vuestra iluminándola á cada rato con claridades inesperadas.

Estudiad siempre mucho ó poco; pero estudiad bien, con conciencia.

Y no leáis sólo los libros de clase. Buscad de tiempo en tiempo un libro nuevo, repasad el bueno olvidado; y sobre distintas materias, sin omitir un poco de sana Filosofía y de Ciencias naturales, que ahuyentan los prejuicios, ensanchan el espíritu y enseñan el buen sentido, la amplitud de miras, la relatividad de todas las cosas.

Tened espíritu científico. Ello es fundamental en vuestra carrera más que en muchas otras.

No os apeguéis demasiado á ideas hechas, ó á doctrinas determinadas. Tened modelos, pero no tengáis ídolos.

Combatid incesantemente la mentira, ese mal, el más grave que nos corroe, dando vosotras el invariable ejemplo de la verdad en todo, hasta en el traje, en las maneras, en el lenguaje, que deben estar en armonía con vuestra situación real.

Sed discretas siempre. Sed moderadas en el decir y sedlo más en el obrar.

Cultivad la sencillez y la sinceridad en todo.

Adquirid el dominio de vosotras mismas.

de la experiencia ajená, de siglos, que facilitará la vuestra iluminándola á cada rato con claridades inesperadas.

Estudiad siempre mucho ó poco; pero estudiad bien, con conciencia.

Y no leáis sólo los libros de clase. Buscad de tiempo en tiempo un libro nuevo, repasad el bueno olvidado; y sobre distintas materias, sin omitir un poco de sana Filosofía y de Ciencias naturales, que ahuyentan los prejuicios, ensanchan el espíritu y enseñan el buen sentido, la amplitud de miras, la relatividad de todas las cosas.

Tened espíritu científico. Ello es fundamental en vuestra carrera más que en muchas otras.

No os apeguéis demasiado á ideas hechas, ó á doctrinas determinadas. Tened modelos, pero no tengáis ídolos.

Combatid incesantemente la mentira, ese mal, el más grave que nos corroe, dando vosotras el invariable ejemplo de la verdad en todo, hasta en el traje, en las maneras, en el lenguaje, que deben estar en armonía con vuestra situación real.

Sed discretas siempre. Sed moderadas en el decir y sedlo más en el obrar.

Cultivad la sencillez y la sinceridad en todo.

Adquirid el dominio de vosotras mismas.

Tened espíritu jovial que no choca con la seriedad y que hace agradable la vida.

Y buscad siempre la sociedad de algunas personas superiores á vosotras que os servirán de piedra de toque para apreciar vuestros progresos, corregiros de un defecto, indicaros el rumbo en los momentos de vacilación, y, también, para que el hábito de estar siempre enseñando á quienes, naturalmente, saben ménos porque son niños, no os dé una idea exagerada de vuestro propio valer, y os haga pedantes.

¡Si supierais cuánto daño hace á los maestros la pedantería!

Pero la modestia no excluye la estimación de sí mismo, al contrario. Sed dignas sin jactancia y sedlo, sobre todo, con vuestros superiores gerárquicos, con cuantos puedan dispensaros favor. Con éstos, preferible fuera la altivez exagerada á la humildad falsa ó excesiva vecina de la adulación. Creedme, con el superior gerárquico digno de serlo, no medran nunca los serviles.

Cuidad también la salud física, sin la cual vuestras energías intelectuales y morales serían precarias. Cuidadla mucho, que la necesitáis para vosotras, para vuestros discípulos, para bien del país.

Otra vez os digo: Ya estáis armadas para la

lucha. Acometedla con ánimo resuelto, que el triunfo os espera.

Si acaso oís decir que el enemigo es invencible, que las dificultades son insuperables, que vuestros sacrificios serán estériles, sonreíd tranquilamente, que es mentido el vaticinio.

Si vuestra instrucción es sólida, vuestro valer moral grande, vuestra resolución inquebrantable, nada temáis, serán colmadas vuestras esperanzas. No encontraréis la indiferencia en las familias, la injusticia en las autoridades. la frialdad ni mucho menos la resistencia en los niños.

¡Oh, no!

Sed dignas de vuestra misión, altivas sin altanería, modestas sin servilismo, estudiosas sin pedantería, activas, entusiastas, perseverantes; no déis cabida á la envidia, á las pequeñas rivalidades, á las pasiones estrechas. No seáis mezquinas.

Tened ideales y perseguidlos sin descanso.

«Poco importa, dice Boutmy, la materia que un hombre superior enseña á jóvenes. Lo esencial es que el hombre sea superior.»

¡Sedlo vosotras, maestras!

Poned alta la mirada y subiréis, subiréis, os lo aseguro, en el concepto de vuestros superiores, en el concepto de los padres de vuestros discípulos, en

vuestro propio concepto. Y se os hará justicia, serán premiados vuestros esfuerzos. No temáis por vuestra existencia material ; ella quedará asegurada y tendréis, además, el mayor de los premios: la gratitud social, y la más íntima de las satisfacciones: la de vuestra propia conciencia, la cual, creedlo, no hay lirismo en mi afirmación, existe, es real, es grande, y hace al hombre feliz.

¡ Pero hay que trabajar!

Id, pues, misioneras afortunadas de la verdad y del bien; id decididas, que vosotras no encontraréis el dolor físico ni mucho menos la muerte cruel á manos de los indios salvajes, cuya civilización perseguían los misioneros de la historia. Cada una de vuestras lecciones, cada uno de vuestros ejemplos, se traducirá en un bien para la sociedad y en bendiciones para vosotras.

Y por última vez: Combatid la mentira, enseñad el amor al trabajo y tened fe en el éxito.

Queredlo, queredlo, y el triunfo será vuestro. ¡ Os lo juro!

Y ahora, señoritas maestras, en nombre de la dirección y del personal docente de esta Escuela normal cuyos sentimientos quisiera haber in-

terpretado bien, os digo: Adios! Y no olvidéis esta casa que os ha rodeado de cariño, de atenciones sinceras, de ejemplos saludables. Volved de vez en cuando á ella en busca de inspiraciones sanas, que aquí las encontraréis. Cultivad la gratitud, que es perfume de las almas delicadas.

Adios en nombre de la escuela... ;Sed felices!

Y en nombre del personal docente argentino, del noble personal docente argentino, á cuyo seno entráis en momento propicio, de labor fecunda, os digo:

;Bienvenidas!

PABLO A. PIZZURNO.
